

El catecumenado moderno o las nuevas maneras de anunciar y vivir la fe

(A propósito de la quinta sesión internacional del Catecumenado Europeo en Estrasburgo, 1 de mayo de 1973).

JULIÁN RUIZ DÍAZ*

La «cristiandad» pide relevo

Es casi un tópico decir que los países de cristiandad se resquebrajan y que un viento solano proveniente de una atmósfera secularizadora pujante se bate contra las creencias religiosas ingenuas, mal fundadas. Como todos los tópicos, también éste puede llegar a ser una frase retórica sin referencias concretas analizables. Se insiste, sin embargo, en esta afirmación usual, porque el Catecumenado moderno tiene mucho que ver con la historia religiosa de estos últimos años. En efecto, su razón de ser, es decir: su origen, sus objetivos, su temática, sus métodos, sus exigencias, en una palabra, su talante, se explican en gran medida teniendo en cuenta este fenómeno de erosión religiosa que ocurre en los países de civilización tradicionalmente cristiana.

Todavía, sin embargo, sobre todo en algunos países, existen grandes sectores que aún siguen ligados a la formalidad religiosa con vínculos consistentes. Y es que cuando una religión pasa a ser patrimonio cultural de un pueblo, hay instancias religiosas que son inexorables. El fenómeno de la religiosidad no se desvanece tan fácilmente y el relevo o el abandono no se registra de la noche a la mañana, como nos lo ha querido probar el número monográfico de *Concilium* dedicado a la persistencia de la religión en nuestro tiempo ¹.

* *Profesor del Instituto de Pastoral. Dirección: Alfonso XI, 4. MADRID-14.*

¹ Cfr. n.º 81, 1973.

Aun siendo esto cierto, sin embargo, en cualquiera de nuestros países, creer es cada vez menos algo automático, hereditario. En cualquier caso, la herencia de la fe es todo menos una herencia pacífica que no comporte grandes esfuerzos personales. Asimismo la Iglesia, antes quizá que la misma religión, ha perdido gran parte de la simpatía popular y está envuelta en unos equívocos que lesionan gravemente unas relaciones, dentro y hacia fuera de la Iglesia, teológica y psicológicamente correctas.

Consiguientemente, el sistema, tal cual ha venido funcionando hasta hoy mismo a través de los ministerios eclesiales, p. ej. el de la palabra y el del culto, no garantiza la vivencia creyente que hoy necesita el hombre medio para aguantar las batidas ambientales: ideas, costumbres, necesidades... Por otra parte para los grupos cristianos hoy más exigentes, el creer en Jesucristo comporta unas bases doctrinales, intencionales, metodológicas e institucionales tales que puede decirse, en cierto modo, que son precisamente estas exigencias del hacerse cristiano las que conmueven el *statu quo* que caracteriza a lo que se suele llamar «situación de cristiandad».

No creo que sea muy descaminado el vincular el nacimiento del Catecumenado moderno justamente al *hiatus* entre lo que ordinariamente venía haciendo la Iglesia en la pastoral tradicional y las nuevas demandas culturales que cada vez configuran a mayor número de gentes y que no encuentran respuesta ni digna ni comprensible. Es decir, en gran medida el Catecumenado nace de la constatación de la inviabilidad de la misión evangélica encerrada en modos pastorales derivados de concepciones teológicas, antropológicas, científicas ya superadas. La masa creciente de indiferentes que se construyen un grado muy aceptable de autenticidad y de felicidad sin referencias religiosas es cada vez más considerable, lo que obliga a tomar giros nuevos en la acción pastoral.

De esta manera, la acción catecumenal de la Iglesia pretende ser una de las respuestas más realistas y prácticas de la comunidad creyente al desafío que para la Iglesia son todos los que buscan en Dios razones suficientes para creer, para vivir... Esta actitud de desafío, desde luego, está operante de modo más o menos explícito en el espíritu racionalista y empírico del hombre contemporáneo. Desafío tan implacable como legítimo y por el que habrá que estar agradecidos dado el coeficiente de estímulo e in-

tranquilización que comporta para la Iglesia, indudablemente dormida un tanto en sus laureles pasados.

Breve historia de los catecumenados europeos

Hacia los años 1950 en las diócesis de París y de Lyon, surgía la iniciativa de crear el Catecumenado como un servicio pastoral específico para adultos no bautizados, que llamaban por diferentes razones a las puertas de la Iglesia pidiendo, por lo general, una regularidad institucional, mediante la recepción de los sacramentos. Ciertamente, las razones para pedir los sacramentos eran de lo más diversas. Por supuesto, para muchos la razón era efectivamente un simple trámite de regularización personal según las exigencias de la comunidad sociológicamente bautizada en su mayoría; para otros, las razones eran de mayor pureza teológica y espiritual. La segunda guerra mundial y las convulsiones de todo tipo inherentes a un acontecimiento tan radical crearon una serie de situaciones violentas, entre las cuales el desastre religioso no era de las de menos envergadura. Una multitud de defectos y anomalías se iban a poner implacablemente en evidencia dentro de los diferentes grupos religiosos.

La iniciativa francesa pues, era históricamente oportuna y pastoralmente legítima, aunque todavía imprecisa, de cara a unos hombres que buscaban estructurar sus propias anomalías. Ahora bien, si el que llamaba a la puerta de los presbiterios venía con unas motivaciones ajenas a la fe, la Iglesia no se podía prestar al juego administrativo indiscriminadamente. Más aún, ésa era una ocasión singularmente propicia para encontrarse con hombres reales y poderles presentar en diálogo franco las verdaderas razones para hacerse cristiano. Esta serie de encuentros se fueron multiplicando, lo que hizo que se extendiera un *modus agendi* pastoral que llegó a institucionalizarse como Catecumenado. Lo que se hacía entonces, es decir, la acción catecumenal, era muy dispar en las diferentes diócesis; pero el denominador común era un esfuerzo por presentar de manera más personal, más inductiva y más lenta también el mensaje cristiano. La perspectiva sacramental estaba siempre presente en la operación y consiguientemente la entrada regularizante en la vida normal de la Iglesia.

Prácticamente aquella iniciativa y el espíritu que la movía, así

como el conjunto de modos, objetivos y perspectivas se fueron consolidando poco a poco en Francia y después en Bélgica y de hecho se han mantenido con ligeras modificaciones hasta nuestros días.

La situación de otros países europeos era muy distinta: por un lado estaban los países divididos por las diferentes confesiones cristianas: Alemania, Suiza, Holanda... Por otro lado, los países mediterráneos, considerados de cristiandad: Italia, España, Portugal. En aquéllos la Iglesia vivía todavía con un ecumenismo muy subdesarrollado y por tanto como una atmósfera psicológico-pastoral más bien conflictiva; en estos otros, por el contrario, dominaba una pastoral de consolidación, primando unas tareas «ornamentales», tales como movimientos espirituales diversos, masificación de la práctica religiosa, construcción de seminarios, difusión de las misiones en ultramar. Así se explica que el catecumenado al estilo francés era en nuestro país un fenómeno exótico, prácticamente inexistente, aunque no faltase en casi ninguna diócesis algún que otro bautismo de adultos.

El problema del vocablo «catecumenado»

Así pues, la referencia sacramental —Bautismo, Eucaristía, Matrimonio— era esencial y en algún sentido exclusiva en la mayoría de los catecumenados europeos. Se puede decir, por tanto, que Francia y Bélgica mantuvieron durante todo este tiempo el Catecumenado en sentido primitivo. A este tipo de Catecumenado primitivo, con referencia sacramental dominante, se le ha venido llamando sencillamente eso, *Catecumenado en sentido estricto*, en la literatura de la materia, y en los encuentros internacionales que se han venido celebrando con carácter europeo desde los años 1968.

Precisamente, al asistir a esas reuniones europeas sobre el Catecumenado, una serie de naciones cuyas realidades eran de lo más distinto, se vieron usando la misma terminología para reflejar realidades nada parecidas. Lo que ha dado origen a no pocos equívocos, entorpecimientos y discusiones. Una de esas sesiones, precisamente en su cuarta edición, tuvo lugar en los primeros días de mayo de 1971 en Madrid, después de las celebradas en París, Ginebra y Bruselas. Las últimas acaban de celebrarse este año en Estrasburgo.

Sin embargo, a pesar de los equívocos y de las realidades tan dispares que con el mismo vocablo se querían señalar en las diferentes naciones, esta palabra era usada insistentemente, yo diría que hasta con premeditación, por todos los países. Por esto mismo conviene buscar alguna explicación válida que nos haga ver la causa de este afecto tan marcado en todas partes por este término pastoral de *Catecumenado*. Seguramente, tras el mismo término, aun admitiendo variantes propias en cada país, se estaba escondiendo una realidad eclesial cada vez más parecida a lo largo y ancho de toda Europa.

En efecto, a través de estos últimos años, digamos desde 1965, alguna de las intencionalidades y tareas del Catecumenado al modo francés y belga, tales como el anuncio misionero de la fe, la revalorización de la conversión personal, celebración motivada y significativa de los sacramentos, implicaciones existenciales de la fe, vivencia y celebración comunitarias, etc. se fueron viendo como indispensables y consiguientemente extensivas a la vida normal de toda la Iglesia, cuya pastoral venía siendo presa de bastantes ingenuidades esterilizantes. Entre las múltiples causas de este despertar de la conciencia pastoral, a la que hay que atribuir en gran parte el fenómeno más trascendental de la vida de la Iglesia en esta segunda mitad del siglo xx como es el Concilio Vaticano II, podemos contar los movimientos bíblico-litúrgico, catequético, apostólico... De hecho, fue la invasión de un espíritu misionero de la mejor ley lo que se fue filtrando en multitud de tareas eclesiales un poco por todas partes y con características de enorme dinamismo en nuestras naciones de cristiandad.

Se origina entonces un nuevo significado más amplio para el Catecumenado, empezándose a legitimar lo que se hacía en esta línea en las iglesias más seguras y tradicionales. Así nace y crece potentemente lo que se podría llamar «lo catecumenal», es decir: actitud catecumenal, pastoral catecumenal, grupos catecumenales, catecumenado... sin que la referencia tuviera que ser necesariamente la recepción de los sacramentos. Por el contrario, lo inherente a esta acción catecumenal, nueva por muchas partes, sí que era ya salvar y recuperar las bases doctrinales, motivaciones, comunitarias, sin las cuales los sacramentos no se pueden ni recibir ni celebrar.

Bajo la presión atmosférica de «lo catecumenal», en la Iglesia

de los años 69-70 fue naciendo y trabajando el catecumenado moderno cuyo sentido dominante, ni siquiera para los adultos no bautizados, era la recepción de los Sacramentos, sino la preocupación por el anuncio directo y adecuado del mensaje cristiano, la conversión, la inserción en la comunidad creyente y el testimonio en la vida social...

Lo que al principio parecía una concesión, ampliando el significado estricto, ha pasado recientemente a ser el principal significado del Catecumenado moderno, reduciéndose incluso en Francia y Bélgica, la referencia sacramental, como lo reconocían los representantes de las naciones asistentes a la sesión europea de Estrasburgo en mayo de 1973. Por lo demás, en la sesión plenaria del Episcopado francés en Lourdes de 1972, se reconocía la necesidad de crear de manera estable una acción catecumenal en este sentido.

Elementos integrantes de una acción catecumenal

A pesar de diferencias socio-religiosas en los diferentes países, la sesión de Estrasburgo ha dado un paso de suma importancia, al dejar ver cómo, tanto los provenientes de naciones de fuerte secularización como de otras donde todavía esta atmósfera no lleva tantos años de cristalización, de manera casi unánime, más o menos todos concedían al Catecumenado unas atribuciones que podrían resumirse en los siguientes puntos válidos para una definición descriptiva:

1. Servicio eclesial de anuncio del mensaje cristiano,
2. Para aquellos que buscan,
3. Desde situaciones históricas y religiosas diferentes,
4. Con vistas a la conversión personal y colectiva,
5. En la línea de una liberación personal y colectiva,
6. Experimentada y celebrada en grupo.

Si desentrañamos este servicio eclesial catecumenal encontraríamos los siguientes factores:

1. Una acción profética claramente de signo kerigmático,
2. Una educación de la opción personal que llamamos conversión, motivada por una inductiva presentación y comprensión de los significados de la fe.

3. Una revalorización de los interrogantes y valores que tiene todo hombre al que se le anuncia el Evangelio;
4. Una experimentación a través de un intercambio y diálogo en grupos pequeños;
5. Un tipo de celebraciones que correspondan a la fase del proceso de la fe;
6. Un compromiso libre en las realidades históricas tanto de alcance personal individual como colectivo.

Vamos, ahora, a desarrollar un poco extensamente lo que entrañan cada uno de estos factores catecumenales.

1. *El Catecumenado es un servicio eclesial predominantemente profético*

Es decir, se trata de una acción eclesial en la que la Palabra de Dios, tal y como la ha hecho resonar Jesús de Nazaret es presentada sin paliativo alguno. Esta acción está sostenida naturalmente por hombres concretos, profetas vivos que de manera libre y creadoramente son capaces de hacer oír todavía hoy las llamadas explícitas e interesantes de Dios.

Antes, pues, que una institución con volumen organizativo, al Catecumenado le sostienen los profetas, los catequistas, los creyentes destacados de la comunidad de creyentes dotados de una real capacidad de convocatoria.

No se trata de levantar una inútil polémica tratando de disociar la institucionalización y los hombres del kerigma, los cuales, lógicamente han de formar parte de la institución. Se trata, por el contrario, de acentuar la pieza clave de toda acción catecumenal, a saber: los catequistas preparados especialmente, los hombres del kerigma vuelto inteligible para los hombres de nuestro tiempo.

Hemos de reconocer con franqueza que el espíritu misionero, esencial a todo lo eclesial, parece asumirlo el Catecumenado, dándose a veces la circunstancia de que quienes más y mejor trabajan en este campo, no llevan consigo precisamente mucha vinculación ni afectiva ni real a la institución de tipo parroquial o diocesano. Es un hecho innegable la alergia y la precaución que reina un poco por doquier respecto de los sistemas establecidos de la Iglesia. En los catecúmenos esta reserva es sumamente notoria y acti-

va. La experiencia integracionista, por lo demás, ha resultado ya de hecho dañina en muchos casos, por cuanto que era entregar a hombres que vivieron apasionadamente una fase catecumenal a la rutina de la pastoral ordinaria. La paradoja llega a la irritación cuando se plantea paladinamente en forma disyuntiva: *Catecumenado, Evangelio, Sí - Institución eclesiástica, parroquia, No*. Una cosa se hace clara por todas partes y es que los neófitos no aguantan la perspectiva que les espera cuando tengan que dejar el catecumenado para entrar en la vida parroquial ordinaria. Algunas de estas tensiones y disyuntivas, por desgracia, están muy lejos de ser meras cuestiones imaginarias.

Consiguientemente, la Iglesia tiene que echar sus cuentas y reajustar las tareas, el reparto de hombres con vistas a privilegiar lo profético, arrebatándolo de la confusión o la asfixia en que la tienen envuelta muchas otras actividades desde luego menos fundamentales para la fe.

Los hombres que hacen posible el Catecumenado: los profetas de adultos.

Respecto de los que han de hacerse cargo de este servicio profético, ninguna diócesis, ninguna comunidad eclesial debería olvidar unas cuantas notas características que nos parecen indispensables para el competente trabajo de estos hombres.

- Por lo pronto, son unos hombres, o mujeres, iguales a los demás, a los que el ministerio de la Palabra ni les saca de las coordenadas comunes de la existencia ni les reviste de rango alguno de autoridad distanciante.

- Se trata de adultos formados con toda la lentitud que sea menester en el arte difícil de escuchar e interpretar. Arte, por supuesto, incomparablemente más delicado que el hablar y proclamar mensajes. Hombres, cuya formación, más que académica a base de mucha filosofía y teología, consiste en llegar a dominar en grado suficiente, la exigente pedagogía del estar junto a los demás sabiéndoles escuchar, preguntar, inquietar. Esta formación, necesariamente lenta, no consiente que ahora le entren a la Iglesia todas las prisas para tener en cuatro días responsables de los Catecumenados que van a brotar muy probablemente por todas partes y no sin riesgo de snobismo por muchas parroquias.

● Los profetas del kerigma catecumenal están muy lejos de ser unos rabinos que lo saben todo. Son, por el contrario, unos creyentes que saben que su fe es todavía muy poca y que por tanto pueden sentirse en búsqueda de nuevos matices y de renovados compromisos para una conversión que no termina nunca de ser total. Es decir, antes que maestros que saben lo que tienen que enseñar en cada momento, los educadores de la fe catecumenal son unos conversos que están dispuestos a convertirse todavía más gracias a las instancias que los mismos catecúmenos originan.

● Los hombres del anuncio son unos cristianos que saben, con una habilidad rara, establecer comunicación con los demás por el flanco en que los oyentes están interesados. En este tipo de hombres, la relación humana, el diálogo pasan por encima de la ortodoxia, por imprescindible que ésta, naturalmente, sea. El catequista del Catecumenado sabe que establecer la verdad dogmática como algo indiscutible y desde arriba, sin atender la situación personal del oyente, no ha dado tantos resultados prácticamente; por lo que en esta nueva forma de hablar de Dios, es más importante una comunicación de los significados para la vida que tiene el mensaje cristiano dentro de una auténtica relación humana de amistad y de diálogo entre iguales que una taxativa argumentación dogmática, doctrinaria.

● La sólida formación en ciencias humanas, cosa que no comporta ningún menosprecio por la formación en ciencias específicamente religiosas, quiere acentuar de manera especial la habilidad requerida para respetar al Catecúmeno en el estado en que se encuentre, para saber establecer con él la relación educadora que desemboque en la opción libre que es la fe. Es decir, es indispensable una revalorización efectiva de cuanto nos hace dar la primacía al hombre y a su proceso personal como creyente.

«Quizá la tarea del Catecumenado en la Iglesia consiste en recordar que la comunicación creyente no comporta la reducción del mensaje a lo que es aceptable para el otro, sino la aceptación del otro en la expresión de su fe. El catecumenado, continúa Gérard Defois, me parece fundado sobre la importancia dada a la diferencia del otro antes que ser un organismo eclesialístico»².

² Cfr. Fichas de trabajo presentadas para las Jornadas Nacionales sobre Catecumenado en Francia, abril 1973.

2 *La conversión, opción personal indispensable.*

El fenómeno de la Conversión es el que contribuye a dar al Catecumenado todo su voltaje personalista, así como su carácter un tanto intransigente. En efecto, no hay catecumenado si no se está trabajando la conversión personal al Dios de Jesucristo. Los catecúmenos son avocados a dar un giro a su vida, a aceptar unos significados que no son del orden de la mera satisfacción racionalista: a ponerse en relación con la persona de Jesús de Nazaret y valorar el mundo con los criterios que se desprenden de los aforismos radicales del Evangelio. El catecumenado antes que nada es una operación pedagógica en la que cada catecúmeno se enfrenta crudiamente consigo, con Dios, con su futuro. Semejante drama es indefectible e insustituible. No puede ser cambiado por nada: ni la piedad, ni el rigor ascético ni la ciencia, ni la adhesión fervorosa son razones suficientes para ahorrar a alguien el enfrentamiento rudo con la decisión profunda que entraña convertirse, creer de verdad en Jesucristo.

La conversión cristiana es una opción radical que implica un giro de toda la persona hacia la perspectiva que ha abierto en el corazón de nuestra existencia un hombre concreto de nuestra raza llamado Jesús de Nazaret. Ahora bien, este momento cumbre indescriptible y terriblemente solitario, puede tener una preparación lejana. Es decir, se puede hacer camino a través de cuestiones y experiencias en las que no parece existir conexión alguna con el Evangelio explícito. Y quién sabe, el proceso larguísimo quizá e indescriptible en cada caso puede comenzar en la entrega transcendental a lo que podemos llamar valores humanos. De esta manera, la conversión es el final de una marcha de sentido hacia el sentido infinito. Por eso, la conversión no termina jamás, porque siempre es posible dar más luz y más horizontes a las aprehensiones adquiridas.

Por esto mismo, como ya sugeríamos antes, el anuncio profético que desencadena y acompaña el proceso de la conversión no puede ser una lección científica sobre el dogma o sobre la historia de Jesús que venza autoritariamente al neófito. Por el contrario, la dimensión profética de la palabra que se le dirige exige poner el acento en la explicitación del sentido para la vida del hombre

concreto, emplazándole a tomar una decisión. Consiguientemente, un misterio cuyo significado práctico para la vida no se supiera presentar de cara a este hombre concreto, que no le emplazara a tomar una decisión, no sería un misterio que tuviera que entrar como contenido válido en el anuncio catecumenal. Principio que por lo demás seguirá, a nuestro juicio, valiendo en la fase catequética ordinaria posterior.

Esto nos hace medir el carácter pragmático del movimiento espiritual que realiza el hombre que se convierte. Un hombre se convierte si ve que merece la pena convertirse, si Cristo le resulta rentable, podríamos decir. El sí que se da en la conversión implica muchos reajustes como para que semejante vuelco se haga gratuitamente.

Como es natural, esta visión desautoriza el cristianismo o bien por herencia impersonal o bien por precipitación vertiginosa. La creencia hereditaria, por lo demás, no parece ya suceder automáticamente en estos tiempos en que el contexto ya no es creyente; por otra parte, toda conversión súbita supone quemar tantas etapas, de suyo sumamente trascendentales, como para creer ingenuamente que ocurren con relativa frecuencia en el tipo de hombre crítico de la cultura contemporánea.

El afrontamiento consigo y con el propio destino trascendental es indispensable para todos y consume de suyo tal cantidad de energía antropológica que, por esta misma razón, la edad adulta es la edad propicia y necesaria para vivir el acontecimiento que en realidad nos hace nacer como hombres nuevos, tal como la tradición primitiva consideró el hecho de hacerse cristiano. La fe da que pensar; también la vida, por supuesto. De aquí que enfrentadas ambas ocasiones en el hombre, la vivencia dé un auténtico drama.

En el proceso de la conversión puede darse una gama tan diferenciada como incalculable es la propia tipología de los hombres. De aquí surge, el gran respeto que en el Catecumenado se tiene al matiz, al ritmo, al tema con el que se enhebra el hilo de la conversión de cada creyente. En realidad, no hay dos conversos iguales; tampoco dos tratamientos que puedan repetirse exactamente. Lo cual origina, por un lado, el pluralismo catecumenal, y por otro, la pedagogía inductiva como forma educativa ideal. La fe no es un producto de confección, sino de auténtica sastre-

ría a la medida. A la medida de cada vida, de cada historia. Si la conversión es así una referencia insoslayable, podríamos afirmar lógicamente que la riqueza de un catecumenado está en la cantidad de adultos que elaboran su conversión y a su vez la riqueza de la Iglesia estriba en la calidad y cantidad de experiencias catecumenales en movimiento.

Es difícil, ciertamente, calibrar la valía de una conversión y, por tanto, es imposible establecer comparaciones entre los cristianos de hoy y de ayer, entre las ventajas de nuestros tiempos respecto de los tiempos pasados; pero, con todo, sería legítimo preguntarse sobre el valor que se tributa en muchas partes de la Iglesia a la educación de la conversión, sobre los factores de facilidad o dificultad que ofrecen ciertos tipos de cultura, de sociedad, de costumbres, como por ejemplo, la sociedad capitalista burguesa para que los hombres que la constituyen se conviertan a Jesucristo.

Huelga decir, por fin, que en un catecumenado elementalmente bien orientado, el trabajo personal del converso y los esfuerzos pedagógicos del catequista no se mueven de cara a la recepción canónica y administrativa de los sacramentos. Es un hecho que la institución eclesiástica, así como la regularización canónica no son preocupaciones que entretengan en el Catecumenado normalmente. Y cada vez menos.

3. *El lenguaje inductivo como pedagogía catecumenal por excelencia*

El problema de la inducción catequética es uno de esos temas que por todas partes se roza, pero que todavía está sin tratar con una suficiencia, ni teológica ni catequética. Aquí, tan sólo nos interesa sugerir la importancia que tiene para la comunicación de la fe el que se cambie de pedagogía; dejando aquellas formas de hablar que privilegian con exceso la redondez doctrinal, el dictado de normas de todo tipo, el monólogo prefabricado, el voluntarismo emotivo, etc., por otras en que la comunicación sea más directa, sencilla, cordial, reflexiva, dialogante, espontánea. El mismo *tempo* de la comunicación de acelerado, vertical y vertiginoso, pasaría a ritmarse con más lentitud, con más sentido de la igualdad, con más análisis que permitieran desentrañar con más

sutileza esa buena cantidad de presupuestos que tantas veces los que hablan de Dios alegremente, abusivamente también dan por hechos.

«Creo que el sentido de la vida es la más urgente de las cuestiones», escribió el patético A. Camus en *El mito de Sísifo*. Hablar de Dios a la gente de nuestro tiempo, con más agudeza que nunca quizá, es así el esfuerzo de responder a esta cuestión que bulle, más o menos sofocada o viva, en el alma del hombre corriente de nuestros días. Es cierto que todavía quedan sectores a los que les «deleita» la predicación moral, el sermón retórico-teológico, el lenguaje fuerte y macizo o genérico y sentimental. Por todas partes, y quizá todavía por mucho tiempo. Esto no obstante, la crisis religiosa iniciada arroja una impotencia y un descrédito fragantes a cargo de esta especie de barroco pastoral.

El Catecumenado no está dispuesto a perder oportunidades, a dejar que se malogre un encuentro, por culpa de un lenguaje descuidado, contraproducente o ingenuo. En un libro reciente, el P. Schillebeeckx escribe que «por todas partes cabe constatar que el uso del lenguaje eclesiástico es entendido cada vez menos por sus propios hablantes, es decir por los fieles mismos. El juego del lenguaje eclesiástico ha venido a hacerse problemático precisamente para los fieles»³. Difícilmente pueden ser desmentidas estas afirmaciones. Por esto mismo, sinceramente, creemos que la recuperación de un hablar significativo, hoy por hoy, sólo es posible, si somos capaces de repercutir en las experiencias vivas del hombre, si cuando hablamos de Dios estamos tematizando en realidad experiencias cotidianas. Por experiencia viva no señalamos en primer lugar la satisfacción lógica del oyente, sino ese enfrentamiento con la realidad social o histórica que todos los hombres tenemos cada día. Hablar a un hombre, mejor todavía, *hablar con un hombre* es hablar a y con su vida. tal y como él emotiva y reflexivamente la está hilvanando todos los días. Dialogar, por tanto, en Catequesis, no supone tan sólo cambiar el monólogo por la participación, sino buscar, lo cual es aún más difícil, las *equivalencias* del vocabulario de la construcción bíblico-teológica respecto de las experiencias vividas hoy por los hombres. Así, ¿qué

³ *Interpretación de la Fe*, Sígueme, Salamanca, 1973, p. 16.

quiere decir para el hombre con el que entablamos una relación catequética: pecado, reconciliación, salvación, paz...?

El Catecumenado es un taller de fundición, es a veces como la cocina doméstica donde se busca el condimento exacto y el más jugoso para unos comensales muy concretos. Nada se entrega tal y como viene de la mina bíblica, del mercado escolar o libresco. En el Catecumenado, no interesa que los catecúmenos aprendan la lección, que sigan un programa; en realidad, no hay etapas prefijadas, no hay un final de curso, ni un examen final. Es otra la marcha, otro el panorama: el catequista tiene muy poco de maestro y apenas hay discurso. Por el contrario, abundan las preguntas directas e indirectas, los grandes silencios, las dudas osadas, los proyectos y las decisiones lentas, libres, personalísimas.

Nos percatamos desde esta perspectiva de las exigencias de estilo que «lo Catecumenal» plantea a la Iglesia de nuestro tiempo, anclada todavía en fondos y en formas nada parecidos a lo que aquí queremos decir por «lenguaje inductivo». En relación con este lenguaje está el problema de ir al encuentro de los hombres allí donde están viviendo, sin esperar que sean ellos los que empiecen a despojarse de su mundo. Semejante expoliación es totalmente impensable. Cada cual empieza su marcha desde donde está y no desde nos situamos nosotros o les queremos artificialmente situar. Parece cosa fácil y simple cuestión de generosidad por parte de los catequistas; pero lo cierto es que semejante salida hacia la frontera donde los catecúmenos viven supone una concepción peculiar de muchas cosas, por ejemplo: valor antropológico-teológico del deseo, de la inquietud, de la búsqueda; supone una evaluación de tipo científico, no sólo un gesto de buena voluntad, del cristianismo implícito en tantos hombres que quizá viven incluso del otro lado del cristianismo explícito y regular. Ciertamente, muchos hombres se han ido lejos de la Iglesia oficial y con una agresividad declarada. La Iglesia a la recíproca sencillamente los considera fuera y en *situación irregular*; pero quizá es demasiado decir que Dios no puede entrar en esas vidas a causa de su irregularidad institucional.

¿Y si Dios siguiera naciendo en el exilio?

Por lo pronto, a la Iglesia le conviniera revisar de manera valiente sus viejas amistades, porque quizá no se trata tanto de ver

si está con los de arriba o con los de abajo, sino más bien, si se encuentra más con los de dentro o más bien inclinada y atenta a los de fuera. Es decir, debería calibrar, su sensibilidad y su trabajo misionero efectivo. Si resultase que la vida, la acción, la solidaridad, el deseo, el compromiso de los hombres que más influjo tienen en el mundo estuvieran efectivamente fuera de la Iglesia, ¿acaso no debería la Iglesia preguntarse francamente quién está en realidad lejos de quién? ⁴.

En fin, hablar a un hombre el lenguaje que entiende es dirigirse a su experiencia actual del mundo, sabiendo que sea cual fuere el camino de la fe, no está más allá, donde el catequista le sitúa, sino donde el oyente realmente vive y oye. La evangelización que no llega hasta ese cruce, está pretendiendo hacer conexiones aéreas, sin pie en hombres reales; sino en seres hipotéticos que apenas tienen algo que ver con éstos que ahora están aquí delante.

4. *La fe de tipo catecumenal*

En el Catecumenado, la *fe personal*, la decisión del creyente no puede ser sustituida por nada ni por nadie. Puede parecer que acabamos de afirmar una verdad rudimentaria y, sin embargo, estamos señalando un riesgo nada fácil de salvar.

Es decir, nadie puede manipular al creyente, impresionándole, supliéndole. El fenómeno de la conversión es, en este sentido, implacable: deja al hombre *absolutamente solo*, pidiéndole toda la adultez de que sea capaz, para decidir sobre su conversión. Imposible la aplicación del aforismo *supplet Ecclesia*.

Esto por una parte. Por otra, Dios no es un sistema doctrinal ni moral, ni estructural histórico, sino que la actualidad de Dios se experimenta en cada caso sin imitación posible, como la experiencia de una llamada implacable, cercana o remota, pero insilenciable. Es la irrupción de lo incondicional que pide entrar en juego en una forma disyuntiva terrible: jugar o morir. Unas veces será la llamada suave, sutil; otras como una llama, o como un trueno, o como un estallido reprimido de una semilla metida en la tierra de los deseos. Por otra parte, en el trabajo catecumenal,

⁴ Cf. GANOCZY, *Devenir chrétien*, Cerf, Paris, 1972, p. 137.

se experimenta de modo fragante, el margen asombroso de imprevisibles que tiene el proceso personal del creer. Efectivamente, en el catecumenado se experimenta de manera conmovedora hasta qué punto *Dios es imprevisible*.

Y sin embargo, no todo ocurre en el fondo insondable del espíritu. La fe en gestión tiene multitud de hilos echados hacia fuera. La vida entera, con sus problemas afectivos, económicos, políticos, intelectuales está pesando en el más ligero movimiento que se da como creyente. Nada es indiferente y el Dios del Catecumenado no es un Dios que vive en el cenáculo, sino enteretejido y fundido en todo. Un cierto panteísmo, podríamos decir, se practica en la Catequesis catecumenal: el Dios de la Biblia, de Jesucristo, sin perder su yo personal sólo resulta accesible, más aún sólo se nos hace presente a través de lo que no es El. Sólo cuando abordamos todo lo de este mundo, con un tipo de profundidad, de desinterés, de altruismo, es cuando las cosas nos dejan ver al Dios inaccesible y trascendente. De aquí que la política, el sexo, el trabajo, el arte tengan que ver con la fe. Tanto que *la fe es inobservable en sí misma*, sino que ha de ser *evaluada desde sus efectos peculiares en las cosas de la vida*. Su relación con las cosas de la vida es una piedra de toque de la calidad del cristianismo de un cristiano.

Llámesese *compromiso o encarnación o secularización de la fe*, es inexcusable una relación de la fe con lo real visible y sensible de la vida humana. El riesgo elegante de la ideología sesuda, como la marginación espiritualista y mística son evitadas con similar repulsa.

Educar catecumenalmente la conversión y la fe es igual a hacer al creyente capaz de estar presente en el mundo dando a los compromisos de la vida común el máximo de libertad. No hay pedagogía válida, pues, si la transformación del mundo no es, de alguna manera, emprendida a partir de la conversión a Jesucristo, salvador del mundo de la vida cotidiana.

5. *El Catecumenado como experimentación de la fe. Exigencias de la experimentación: el Grupo pequeño y la Celebración*

La gran mayoría de los cristianos nos hemos ido haciendo creyentes, tal como lo somos hoy, por caminos inenarrables, tortuo-

sos, a veces, y en muchos casos nada recomendables ni repetibles. El problema de esta generación adulta no consistió, aunque las apariencias nos desmientan, en una cuestión de ortodoxia o heterodoxia, de moralidad o inmoralidad, de ascética y mística o por el contrario de vulgaridad e ignorancia. A esta generación, a la que se le pasó ya la juventud, no le cupo la suerte, por lo general, de una experiencia comunitaria de la fe donde fuera posible reflejar la propia versión de Dios y de los misterios, no le fue posible poner en circulación libremente sus dudas y sus reticencias, sus contrastes y sus negativas cuando las sentía. Los cristianos, por ejemplo, de cuarenta años, no han crecido en grupo, sino más bien alimentados por una dirección espiritual, de mayor o menor prestigio; tampoco dialogaron, sino que sobreabundó la enseñanza pasiva; y la palabra de Dios, patrimonio de todos los creyentes, sólo la tenían los pocos oficialmente diputados para decirla. Recuerdo en este momento aquellos ratos de *conversación espiritual* de nuestros años jóvenes en los que todo era un insubstancial *ritornello* sobre qué sé yo qué temas píos, donde Dios, la Virgen, las virtudes eran ilusiones e ideales imaginarios; pero jamás una duda, jamás un interrogante, jamás un rechazo.

En el campo litúrgico, la experimentación no tenía apenas otras posibilidades que la cantidad, la estética y la solemnidad estereotipadas de siempre lo mismo. La Eucaristía, por ejemplo, ha sido una ocupación pastoral predominante en la Iglesia durante estos últimos años; pero también en gran medida un tópico, un recurso para llenar programas de todo tipo en los que al no poder faltar el *número* religioso, la misa, con menor o mayor pompa, sacaba siempre de apuros.

La nueva exigencia del Catecumenado, como fase educativa y experimental de la fe, supone, sin duda, una decidida revolución en cuanto que los factores de diálogo, de creatividad, de variación son exigidos en dosis francamente fuertes, en cuanto a experiencia grupal y en cuanto a experiencia litúrgica. Las circunstancias que le hacen a un hombre entrar en contacto con el catecumenado son de lo más diversas: una amistad, una conversación casual, una misa significativa... ¡Quién sabe! Sea como fuere el punto de partida, el envío a un grupo no se deja esperar, porque de otra manera no se salvan ciertos elementos educativos de la fe catecumenal.

a) *El grupo*

En efecto, al recurrir en la pedagogía catequética de signo catecumenal al grupo, se sobreentiende que no hay proceso personal de fe que se viva a solas. Un catecúmeno, por tanto, es aquel que está viviendo el proceso de su primera conversión en un grupo que le ayuda con la provisión de una serie de elementos que serán otros tantos factores del dinamismo de su evolución personal. Estos factores, indispensablemente y en grado adecuado, son: La Palabra de Dios, el intercambio de experiencias en diálogo libre, la celebración litúrgica que corresponda al nivel de fe del grupo y, por fin, una iniciación en el compromiso existencial de la fe.

En la plataforma del grupo, todos los demás, al igual que uno mismo, están buscando más verdad y sentido para sus vidas; todos son iguales a la hora de decir, de preguntar, de afirmar, de negar. Las propias opiniones, quizá ilusorias o utópicas, quizá sencillas, frescas, fecundas, son recogidas, agitadas, apropiadas, despachadas por los demás. El eco de lo propio en la pantalla de los demás es sumamente aleccionador. Tanto como terrible. Por esto, el grupo es indefectible, pedagógicamente hablando, como lugar de confrontación. No es un mero tributo a la moda, sino que la moda es un signo de la necesidad universal. En el grupo nos convertimos, en el grupo nos viene la fe, en el grupo se experimenta la igualdad fraternal, esa caridad difícil del respeto y de la evaluación justa. En el grupo nacen en nosotros los primeros sabores y las primeras exigencias de lo que comporta ser iglesia-comunidad en un mundo real. Más aún, si somos realistas, no es posible una pertenencia a la Iglesia universal sin una experimentación de la eclesialidad grupal. Saltarse ésta supondría que la otra es una ilusión o una fuga a la abstracción, donde las cosas resultan, sin duda, más fáciles; pero donde viven muertas. Por su parte, la comunidad creyente, en el seno de la cual surgen estos grupos, debe sentirse complacida por la existencia de semejantes agrupaciones, porque los catecúmenos inquietan, plantean problemas, acusan de incredulidad y de vejez a los antiguos creyentes y obligan a los instalados en sus costumbres cristianas a dilatar sus entrañas hacia nuevos horizontes. Estos grupos son signos de

fuerza y de esperanza de la nueva juventud de la Iglesia de Cristo.

Dura prueba ésta para el Catecumenado, para todos los que le viven, los sacerdotes, los catequistas, los catecúmenos también, tanto para los veteranos como para los recién venidos.

Así, un grupo es catecumenal cuando reúne una serie de condiciones indispensables en lo que se refiere a relaciones humanas que se traducen en modalidades y matices de una única experiencia, es decir, la fe catecumenal. Podríamos enumerar las siguientes características:

1. *Espontaneidad*. Es decir, intervención libre, sincera.
2. *Igualdad*. Es decir, *todos* los miembros del grupo buscan en la fe el sentido de la existencia, *todos* necesitan dar a su vida más conversión a base de mayor profundidad, compromiso con la vida real.
3. *La vida real vale más que la ortodoxia*: el mensaje cristiano es propuesto como un horizonte hipotético a verificar y corroborar por la experiencia y no una serie de proposiciones verticales de carácter dogmático imperativo (Práctica del lenguaje inductivo).
4. *Respeto al ritmo desigual en el proceso personal de la fe*, evitando así la tentación de programar etapas uniformes, fijadas de antemano.
5. *Contraste de lo propio gracias al reflejo de los otros*. Los otros corroboran, los otros critican. El grupo es un elemento dinámico insustituible para realizar la *falsación* de nuestras propias teorías (La teoría de Popper). Los engreimientos se curan.
6. *Dinamismo*: los altibajos personales no quedan tan sólo a merced de las reducidas fuerzas de uno mismo. La salvación viene de los demás.

Por el contrario, estas condiciones no se cumplen suficientemente cuando el proceso de la fe personal se realiza a través de una educación cristiana a dúo, al modo de la tradicional dirección espiritual de antaño, o a través de una especie de *catequesis boca a boca*. Tampoco cuando un creyente hace acopio de incentivos y recuperaciones en la pastoral masiva, por más auténtica que sea.

En cuanto a lo que la experiencia catecumenal grupal impone

al Sacerdote y al Catequista, nos parece especialmente urgente un reajuste de la pedagogía catequética tradicional en relación con la nueva dinámica operante en los grupos catecumenales: el afán de ortodoxia debe ceder ante la primacía de una pedagogía interpretativa, un lenguaje magisterial debe fundirse en un tipo de comunicación inductiva, donde la penetración por las experiencias humanas se haga a partir de un mensaje concebido como hipótesis sugerente, prometedora. En fin, un afán obsesivo de regularización canónica de los catecúmenos, así como cierta prisa de eucaristizarlos pueden ser piedras de tropiezo de los grupos catecumenales.

b) *Las celebraciones litúrgicas*

Junto a la experimentación grupal, el catecumenado requiere una dosis peculiar de *experimentación litúrgica*. Sabemos que en la Iglesia oficial existe una singular susceptibilidad cuando se habla de la experimentación litúrgica. En gran medida, la susceptibilidad se traduce en intolerancia de hecho. Lo que se quiere decir aquí sobre el tema es lo siguiente:

Para situar debidamente el problema de la celebración hay que remontarse al presupuesto antropológico, según el cual todo lo importante humano tiene una dimensión celebrativa que urge su plasmación, su celebración fáctica. Este término estereotipado de *celebración* hace referencia a una vivencia humana, especialmente importante (valor subjetivo), que se vale de un rito adecuado para su solemnización (valor ritual), en medio de una comunidad para su intensidad y comunicación (valor comunitario), que deja sus huellas y tiene resonancias en la historia real, confirmando así su realismo y su necesidad de futuro (valor histórico). Esta definición descriptiva de lo que entendemos por celebración nos hace argumentar respecto del Catecumenado de la siguiente manera: Si la dimensión celebrativa es consubstancial a toda vivencia profunda de fenómenos fundamentales, y todo catecúmeno está viviendo con intensidad una fase de su fe, este estadio de su vivencia de fe tiene que ser celebrado. La celebración no está exclusivamente al final del recorrido sino acompaña todo el proceso. No ignoramos la cuestión teológica que se levanta aquí respecto de la enseñanza tradicional sobre los sacramentos. Qué es efec-

tivamente lo necesario en «lo sacramental», qué es lo que se efectúa y se mueve en la celebración sacramental. No digamos nada sobre los elementos críticos con que podemos juzgar la praxis canónica respecto a la administración de los sacramentos en tantas parroquias de nuestros países de cristiandad en cualquier parte del mundo ⁵.

Por eso, nos atrevemos a sugerir la conveniencia de pensar, de cara a las necesidades catecumenales, en un tipo de celebración sacramental legítimamente operable desde los primeros momentos *biológicos* de la fe, y no sólo en la fase final de ese proceso. La cuestión es totalmente legítima ya que muchos catecúmenos comulgan con lo fundamental de los sacramentos, por ejemplo, la Penitencia o la Eucaristía. Seguramente, se sentirían envueltos y cogidos por la corriente interna de estos sacramentos si la forma celebrativa pudiera ser en estos casos más de índole catecumenal. Por forma catecumenal en la celebración de los sacramentos podrían señalarse entre otras cosas: el acento de búsqueda, de interrogante, la fe como horizonte que llama más que como una posesión; una celebración en que el mundo aparece como una inmensa gestación y en el que todos los hombres viven teniendo a la vez luz y sombra, error y verdad... Parecen cosas fáciles de conseguir y, sin embargo, vislumbramos que un giro catecumenal de la liturgia cristiana en el estado actual necesitaría un fuerte coeficiente de creatividad y de competencia en múltiples campos para fundir, en los gestos, en el lenguaje, en el dinamismo, junto con la autenticidad del contenido y la forma, a la vez una gran sencillez y una elegancia asequible. Ciertamente, las posibilidades son inmensas, tanto dentro como fuera del régimen sacramental tradicional en lo que se refiere a los ingredientes de toda celebración: la música, la poesía, la danza, la expresión corporal, el recital, la comida fraternal...

El problema de la celebración creadora y adecuada a la fase de fe de los creyentes es un enorme desafío para la Iglesia de hoy de cara a un futuro litúrgicamente más rico, más correspondiente a la plural situación de los celebrantes.

Esto nos lleva a ser realistas y constatar el estado actual del que necesariamente tendría que partir este próximo e indispen-

⁵ *Ibid.*

sable enriquecimiento litúrgico. Así, por ejemplo, constatamos en grandes sectores de la vida pastoral una considerable pérdida del sentido celebrativo festivo, bien porque los pastores son preponderantemente cerebrales y carecen casi de sensibilidad artística para una expresión libre, o bien porque a los mismos fieles se les ha quitado esa espontaneidad amable que les hiciera superar el miedo al ridículo que padecen, sobre todo si son ya de cierta edad.

Los sacramentos, como la liturgia en general, han estado y todavía lo están monopolizados por el dogmatismo, el moralismo, el ascetismo, el misticismo de concepción extraña, hasta tal punto que los valores aludidos quedaban en gran parte prendidos de abstracciones y tópicos. Consiguientemente, para una gran mayoría de cristianos, que se han venido contentando con *cumplir*, la liturgia hacía mención de valores inalcanzables, cuando no irreal para las exigencias cada vez más empíricas de cada vez más cristianos. Repetimos de nuevo la alusión al abuso que se ha venido cometiendo con la eucaristía como celebración tónica, casi la única siempre. Lamentamos igualmente que se haya mantenido tanto rigor en la intocabilidad de la estructura litúrgica de los sacramentos en su forma expresiva de suyo cultural. La liturgia occidental se alió durante demasiado tiempo a la cultura greco-romana-feudal sin acusar, aparte pequeños detalles, las convulsiones histórico-culturales más recientes, por ejemplo, la revolución francesa, la revolución social, el racionalismo moderno...

El fin, el Catecumenado, cada día más, quiere recoger y animar el espíritu festivo inherente a la vida humana y consustancial también con la fe. En el Catecumenado, la celebración ejercerá la difícil triple función simultánea de preguntar, responder y dinamizar a los catecúmenos en su proceso como creyentes. La celebración catecumenal se hará cargo de esta responsabilidad educativa si es potente en amor, en verdad, en libertad. Es decir, en capacidad profética. De aquí, la necesidad —¿el derecho?— de alentar una liturgia inventiva, con la solemnidad de lo vivo y verdadero y no tanto con solemnidad estereotipada. Por esto mismo, porque dentro del espíritu catecumenal está el no hacer nada falso, hay algo que va siendo denominador común en todas las tentativas catecumenales que van surgiendo por doquier, a saber: no admitir ni transigir con ningún tipo de celebración si no está

garantizada una cierta correspondencia recíproca entre la fe de los asistentes y dicha celebración.

* * *

A modo de conclusión: El Catecumenado, nuevas perspectivas para la Iglesia de Cristiandad

Por Iglesia de cristiandad no se quiere decir necesariamente algo peyorativo o nada más que deficiencias. Ese tipo de Iglesia, a pesar de todo, nos hizo cristianos a todos los que hoy lo somos, en esa Iglesia se incubaron y se comunicaron al mundo valores de indiscutible utilidad universal. Esa Iglesia ha sido la que ha producido el fenómeno catecumenal reciente, lo que supone, dentro de la perspectiva en que nos movemos, un reconocimiento de estricta justicia.

Ahora bien, el Catecumenado que surge dentro del cuerpo de la Iglesia, puede de hecho provocar una serie de tensiones que se incorporan al conjunto de la vida de la Iglesia como factores de su metabolismo biológico. Lo cual es por parte de la Iglesia, otro reconocimiento ecuánime cargado de consecuencias. Consignemos algunas de estas consecuencias.

a) *En el nivel de fe de la comunidad creyente tradicional*

- La necesidad religiosa acucia todavía a los hombres de hoy.
- Por eso, los cristianos pueden surgir donde menos se piensa y no siempre ni de la forma más segura de los ambientes considerados a sí mismos más cristianos.
- Los caminos que conducen a la fe son inclasificables.
- Lo menos que se puede decir es que una existencia vivida como llamada trascendental es ya una existencia religiosa que puede evolucionar hacia la fe cristiana, *si surge el profeta adecuado*.
- La conversión a Jesucristo, por lo pronto, nunca está hecha del todo ni de una vez para siempre. Además, esta conversión, para redimirse del lastre del nominalismo, empieza y se profundiza en la medida que se comulga con el significado que cobra la

existencia desde la vida, la muerte y la Resurrección de Jesús de Nazaret.

b) *En el orden catequético*

- La Catequesis, asimismo la Evangelización tienen posibilidades de hacer surgir la fe en los hombres de hoy, en la medida que recuperen el impulso profético inherente a la Palabra de Dios dada a la historia humana.

- El anuncio de la Palabra de Dios ha de adecuarse con toda la elasticidad que requieren la tipología psíquica, cultural, social de los oyentes. La adaptación no es una generosidad, sino una necesidad elemental.

- El contenido del mensaje no es un dogma terminado, sino una hipótesis prometedora cuya dogmatización se lleva a cabo por la experiencia y decisiones del creyente, creyente a su vez en tanto que experto en realidades de la vida cotidiana.

- Los sentidos de la vida no se imponen, se sugieren con la sencillez de análisis penetrantes, de preguntas inquietantes, de silencios desconcertantes.

- La psicología del Catequista es la de un creyente que franca y sencillamente habla de su fe por ver si para algunos otros les sirve de testimonio. Los catequistas, pues, no son doctores, sino testigos capaces de plantear preguntas. La fe que proclama es también para el catequista un acuciamiento en el momento mismo y desde el ángulo que la quiere anunciar. El Catequista jamás queda en reserva cuando habla.

c) *En el orden litúrgico*

- La celebración de la fe no es una satisfacción que corona como un premio el final de un proceso, sino que es cronológicamente simultánea a todos y cada una de las fases del crecimiento.

- La prisa sacramentalista, administrativa, no urge especialmente.

- Habría que pensar, incluso, si los sacramentos no pueden ser celebrados desde los primeros momentos del proceso, siempre y cuando la celebración garantizara una comunión en aquellos aspectos que corresponden tanto al contenido sacramental como a los sentimientos de los catecúmenos.

- Los liturgos que necesita el Catecumenado son un tipo de hombres capaces de dar calidad sagrada a gestos, palabras y movimientos de la comunicación usual.

- Indudablemente, el catecumenado es a la vez una revalorización de los Sacramentos, al exigir garantizar la fe subyacente en cada uno de ellos. Se pretende así una resituación de la celebración litúrgica como signo, respuesta y compromiso de la fe, resolviendo con ello la actual devaluación y abaratamiento de los ritos cristianos, cuya fuerza está sólo en su verdad, no en su administración cuantiosa.

d) *En la pastoral general*

- Los catecúmenos son sangre nueva que hacen estallar las venas del cuerpo institucional de la Iglesia. Su vitalidad, a veces al margen de lo institucional, pone en tela de juicio a nuestras instituciones, a las que se ha llegado, en algunos casos, a tributar derecho divino intocable y, sin embargo, no tienen otra razón de ser que funcional.

- Por mucha fidelidad al pasado, nadie cree hoy más. Por otra parte, nada se actualiza verdaderamente si no es mediante una interpretación apropiante del mensaje. Como dice Paul Ricoeur: «toda tradición vive por la gracia de la interpretación. Es precisamente a este precio como la tradición dura, es decir, permanece viva»⁶.

- En la Iglesia, las costumbres tienen un valor nada más que muy relativo, y más aún si es verdad que según reza un aforismo apócrifo, Jesucristo dijo: *Yo soy la vida: no la costumbre.*

- En la Iglesia debe brillar de manera espléndida la primacía del hombre y su vida real, por encima de las instituciones eclesásticas. *Ecclesia propter homines.*

- Los caminos de Dios no pasan necesariamente por la insti-

⁶ *Le conflit des interprétations*, Seuil, Paris, 1971, p. 31.

tución tal y como está establecida. Esto obliga a buscar hijos de Dios donde haya hombres, quizá en lugares muy lejanos al grupo de los cristianos de siempre.

- La verdadera revalorización de la vitalidad de una comunidad depende del índice, por lo demás difícil de calcular, de conversiones que están en juego.

- Es preciso proceder con urgencia a un reajuste de tareas eclesiales con vistas a dar la primacía a la actividad profética.

- Tratar de separar las funciones litúrgica y profética de las mismas personas, como práctica ordinaria. Cada función es de por sí de tanta envergadura que puede llenar toda la vida de un hombre y agotar todos sus recursos. Raros son los hombres que saben y pueden ejercer unidas ambas tareas: presidir celebraciones y anunciar la Palabra. Si se diera ese hombre, enhorabuena para la Iglesia, pero suponer que ése es el caso ordinario es un exceso de ingenuidad.

- El catecumenado urge, asimismo, la necesidad de un pluralismo simultáneo dentro de la misma comunidad cristiana. Dialéctica y no conflicto entre cada una de las modalidades y fases de crecimiento.

En fin, quizá es atribuir demasiado al Catecumenado. Quizá es decir del Catecumenado todo lo que de suyo es de la Iglesia como tal. Sin duda, el Catecumenado quiere precisamente ser la Iglesia entera de cara a esos hombres que buscan, quizá sin saber dónde está, lo que la Iglesia recibió de Cristo. El Catecumenado provoca crisis en concepciones teológicas, en métodos de trabajo, en jerarquía de objetivos y tareas. De una cosa no se podrá jamás acusar al Catecumenado, si es que es fiel a sus objetivos: de minusvalorar la fe, la conversión a Jesucristo; de pervertir y distraer a los creyentes de los significados que el Evangelio aporta. El radicalismo con que a veces se presenta, sólo quiere ser un signo del amor a la verdad y un respeto al verdadero valor del hombre, sin que este rigor sea necesariamente ni montanismo ni esencialismo abstracto.

Y porque el Catecumenado sabe y quiere que Cristo sea todavía respuesta válida para la sociedad secular contemporánea, es por lo que a la fe y a la esperanza hay que sumar para hacerles eficientes un coeficiente no pequeño de imaginación, de libertad, de comunión de esfuerzos.